



Divagación y comentario crítico

Resulta difícil fijar el valor de un cuadro aún conociendo el convenido precio de su adquisición. Unas veces vale más de lo que se paga por él ya adquiere valor con el paso del tiempo. Otra vale poco menos que nada sin posibilidad de revalorizarse. Periódicamente nos sorprende el acontecer de las subastas de obras de arte promovidas por especialistas financieros o especializadas galerías. Entonces se desvela una esquina de ese complejo mundo en donde es el tráfico. Un mundo cubierto por interesada sombra. El tráfico artístico, preciso en una medida, existió siempre. Y la circunstancia influyó en él tanto como el valor intrínseco de la obra.

La historia de la pintura está llena de ejemplos. Viene ahora a mi mano el del noble y un tanto desconocido Gustave Caillebotte, pintor impresionista.

Compraba Caillebotte la obra más representativa de todos sus compañeros: Manet, Monet, Renoir, Pissarro, Degas, Sisley Cézanne... Y compraba esa obra más representativa, entre otras razones, porque era la menos vendible.

Nunca consideró bien pagados los cuadros que adquiría. De manera diversa procuraba compensar a los pintores.

A su muerte, Caillebotte, consciente del valor de su colección, la donó al Estado. Sesenta obras en total de

aquellos pintores, sus amigos, citados. Renoir fue nombrado albacea. Y cuenta en íntimo sufrimiento y las dificultades que tuvo que vencer para que fuese aceptada aquella donación “de cuadros que nadie hubiera comprado”.

Esto ocurría hace menos de cien años. Hoy aquellos cuadros son gloria del Museo del Jeu de Paume, de París.

Entre los pintores coruñeses se aprecia una diversidad de criterios para valorar sus obras. Alguno de estos criterios poco o nada tienen que ver con la propia valoración pictórica y artística de la obra.

De los trescientos pintores coruñeses, con una o varias exposiciones en los últimos años, según estadística de Lucindo Femiella, la mayor parte son nobles aficionados con poca sensibilidad y menos dominio técnico. Y ofrecen pintura que ningún Gustave Caillebotte hubiera comprado. Pero ahí están vendiendo por compromisos y relaciones sociales.

El mundo de la pintura acusa tal enmarañamiento que resulta difícil fijar el valor de un cuadro aún conociendo el convenido precio otorgado para su posesión.

Pousa en “Pardo Bazán”

En la galería “Pardo Bazán”, que inicia su andadura con entusiasmo y buen criterio, expone Xavier Pousa, pintor de rica paleta caliente.



Declaro mi simpatía por Pousa. No sé ni necesito razón. Quizá sea por su barba poblada, quizá por ser de Goián en camaradería de Xoan Piñeiro y aquel maduro de arte y de vida Antonio Fernández, influyente con huella viva en la sensibilidad de Pousa. O quizá, simplemente, porque sí, porque es buen pintor, sin agrias resonancias de vanidad. Y porque va por la vida y por sus cuadros con auténtica sencillez.

En esta ocasión presenta en “Pardo Bazán” retrato, paisaje, bodegón de frutas y flores.

Sigue Pousa en el retrato una trayectoria un tanto clásica tocada de un aliento que lo centra en el hoy, posiblemente porque sobre el necesario parecido se mantiene la expresión de una personalidad.

Recuerdo ahora la entrega, hace un año poco más o menos, del retrato de Antonio Rosón al Parlamento de Galicia. En él está el gesto expresivo, la persona y la personalidad del político retratado. Es la línea de Xavier Pousa.

En los paisajes destaca el toque impresionista. Y el saber reflejar ese algo inefable que late en el paisaje gallego. O en esa luz, que porque no se pinta, es preciso hacerla surgir del juego del color y su interacción.

Con un poco de sorpresa contemplé unos paisajes castellanos de Pousa. Magníficos paisajes de amplios horizontes y cielos que, por sí solos, constituirían cuadros abstractos.

Paradójica abstracción de una realidad que es ella misma, recreada.

El color es el elemento vivificador en todo paisaje de Pousa. Y el aire que hay dentro de él. En especial el ambiente de los paisajes gallegos.

En los bodegones con fruta sigue una línea clásica si bien con un suave toque postimpresionista. Pero, a veces, dejándose llevar de su impulso surge la exaltación del color, que no diré fauve.

Xavier Pousa fue madurando, a mi entender, en la línea que parte de su maestro Antonio Fernández y alcanza el postimpresionismo. Y siguió esa línea por fidelidad a sí mismo. En ella se encontró. Y desarrolla su actividad creadora con pleno acierto. Ahí está esa espléndida exposición de su hacer pictórico que propongo visitar a los coruñeses con sensibilidad.

Por Laureano Álvarez. A Coruña

La Voz de Galicia,

22 de mayo de 1988